



EN EL
BOSQUE
OSCURO

DALE BAILEY

minotauro

EN EL
BOSQUE
OSCURO

Dale Bailey

minotauro

Título original: *In the Night Wood*

© 2018 by Dale Bailey

©Traducción de Simon Saito Navarro, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0850-8

Depósito legal: B. 12.597-2020

Preimpresión: Ediciones del Simio

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

La Casa Hollow apareció en sus vidas como les ocurren esta clase de acontecimientos a los huérfanos en las novelas, de manera inesperada y cuando más lo necesitaban: la salvación en la forma de un alargado sobre azul entre la propaganda de pizzerías con servicio de entrega a domicilio, los catálogos y los impresos de solicitud de tarjetas de crédito. En cualquier caso, eso es lo que le contó a Erin cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina por la noche, con el sobre con el sello de la Royal Mail entre ellos. No obstante, Charles Hayden tenía la sensación de que era el momento culminante de alguna oscura cadena de sucesos que había estado formándose, eslabón a eslabón, a lo largo de sus treinta y seis años de vida... Durante siglos, incluso, aunque no podía haberlo imaginado cuando estaba sucediendo.

Después de todo, ¿cómo empiezan los cuentos?

Érase una vez.

Esas palabras, y las historias que le evocaban, no dejaron de resonar en la cabeza de Charles durante los meses siguientes. *Caperucita Roja*, *La bella durmiente* y *Hansel y Gretel*, abandonados en el tenebroso bosque por el calzonazos de su padre y su malvada madrastra. Charles pensaba sobre todo en ellos, asustados y con los pies cansados, hasta que por casualidad encontraban una casita construida con pan de jengibre y algodón de azúcar y se detenían para darse un atracón, sin sospechar

que la habitaba una bruja que también estaba hambrienta, pero de otra cosa.

Érase una vez.

Así comienzan los cuentos, todos en un momento de desesperación. Sin embargo, ¿cuántas crisis, todas ellas el punto de partida de distintas historias, esperan desarrollarse en la fértil marga como semillas que germinan entre las raíces de un árbol centenario? ¿Cómo llegó ese padre a ser tan desleal? ¿Por qué era tan cruel su esposa? ¿Qué llevó a esa bruja a aquel bosque y le otorgó unos apetitos tan aborrecibles?

Cuántos eslabones en la cadena de circunstancias. Cuántos cuentos dentro de otros cuentos esperando a que alguien los cuente.

Érase una vez.

Érase una vez, en la estela de un abuelo al que no había conocido, un chico llamado Charles Hayden, el único hijo que tuvo su madre, extremadamente delgado, asustadizo y con gafas, que buscaba refugio en la biblioteca de la vasta casa en la que había crecido su progenitora. «La mansión de nuestros antepasados», la había llamado Kit (era de esa clase de madres) cuando le dijo que se mudaban allí, y Charles, a pesar de sus ocho años, percibió el matiz de amargura en su voz. Charles nunca había visto una cosa igual; no era solo la casa, también la biblioteca en sí, una estancia el doble o el triple de grande que todo el apartamento en el que había vivido con Kit, con muebles de madera oscura y brillante, con piel suave, y con todas las paredes forradas de libros. Las gruesas alfombras silenciaban las pisadas de sus zapatillas y, mientras paseaba boquiabierto la mirada alrededor, los bulliciosos gritos de sus primos, que estaban jugando en el césped, entraban debilitados por las ventanas serlianas atravesadas por los rayos del sol.

Era la primera vez que Charles veía a sus primos. La verdad es que era la primera vez que veía a todas aquellas personas; ni siquiera sabía que existían. Mientras recorrían esa mañana el camino de entrada en su viejo y ruidoso Honda, se había sentido como el niño de un cuento que se despertara una mañana y

descubriera que era un príncipe que había permanecido escondido, que los que creía sus padres (su madre) eran en realidad unos leales criados de un rey exiliado. Príncipe o no, sus primos —un trío de gamberros mayores que él, vestidos con una ropa elegante que dejaba en evidencia sus pantalones de pana y su camisa de vestir de segunda mano (con los faldones deshilachados por fuera de los pantalones)— habían tomado una antipatía inmediata hacia aquel impostor que se había infiltrado entre ellos. Lo cierto era que nadie había reaccionado con un entusiasmo especial a la presencia de Charles. A través de la puerta abierta le llegaban voces de adultos discutiendo en las elegantes estancias, la de Kit, quejumbrosa e implorante, y la de sus dos hermanas (Regan y Goneril, las llamaba Kit), firmes e inflexibles.

Asuntos de adultos. Charles depositó toda su atención en los libros. Paseó tranquilamente a lo largo de un estante, arrastrando distraídamente un dedo por los lomos de los libros, pum, pum, pum, como un chaval que caminara a lo largo de una valla con la punta de un palo apoyada en ella. En un momento dado se detuvo y extrajo de entre las filas de libros un volumen al azar, encuadernado en brillante piel marrón y con franjas rojas en el lomo.

La voz de su madre se elevó bruscamente al otro lado de la puerta.

Una de las tías de Charles la replicó con vehemencia.

Durante el silencio que siguió (incluso los primos se habían callado), Charles examinó el libro. Las suaves cubiertas de piel tenían grabado un dibujo intrincado. Lo estudió, un laberinto de espirales y resaltos, recorriéndolo con la yema del dedo pulgar. Luego abrió el libro. En el frontispicio se repetía el motivo grabado en la cubierta; ahí se distinguía con claridad lo que representaba, una estilizada escena en un bosque: árboles nudosos con raíces enrevesadas y ramas sinuosas profusamente entrelazadas. Los árboles, recubiertos de líquen, transmitían la extraña y amenazadora sensación de consciencia, ramas como dedos flexionados, agujeros como bocas. Rostros extraños, aparentemente intersecciones fortuitas de ramas y hojas, lo

miraban fijamente desde el follaje; una serpiente sonriente, un gato malvado, un búho con la cara de un niño asustado.

Y en la página siguiente:

En el bosque oscuro, Caedmon Hollow

Charles sintió que se le aceleraba el corazón mientras miraba esas palabras, como el frontispicio, adornadas con el follaje. Las páginas, oscurecidas por el tiempo, olían como una despensa sin ventilación de especias exóticas, y su textura, ligeramente rugosa bajo sus dedos y surcada de líneas equidistantes, transmitía una sensación de latitudes de un mundo todavía inexplorado. Esos rostros vulpinos que lo miraban desde marañas de hojas y zarzas parecían estar confabulando en susurros que eran demasiado débiles para oírlos y que duraban menos de lo que dura un parpadeo. Su dedo se deslizó por la página para pasarla.

—Charles.

Levantó la mirada, sobresaltado.

Kit estaba de pie en la puerta. Sus finos labios apretados dibujaban una línea pálida. Cuando la miró, Charles vio por primera vez, como con ojos de adulto, lo avejentada y cansada que parecía su madre, lo diferente que era su aspecto del que tenían sus inmaculadas hermanas, radiantes hasta en el último detalle de sus vidas. Pensó en su abuelo, ese extraño dentro del ataúd que compartía con Kit los pómulos prominentes y los intensos ojos azules. Esa imagen lo golpeó como un puñetazo. Estuvo a punto de tambalearse.

—Nos vamos, Charles. Recoge tus cosas.

Charles tragó saliva.

—Sí, mamá —repuso.

Su madre le sostuvo la mirada unos instantes. Luego se marchó.

Charles hizo el ademán de volver a colocar el libro en el hueco que había dejado en la librería, pero entonces dudó. Le sobrevino de nuevo esa sensación intermitente de estar viviendo un momento importante, como si el curso de los acontecimientos

se hubiera desviado a un canal nuevo e insospechado; como si tronos y dominios más poderosos de lo que él era capaz de imaginar hubieran salido de detrás de una cortina oculta en el aire. Casi se percibía el zumbido de su presencia en la biblioteca.

No era capaz de renunciar al libro, aquel objeto de una vida que, de no ser por Kit, podría haber sido la suya: las extensiones de césped perfectamente cortado, las vastas cámaras y, sobre todo, la gran biblioteca. (Las bibliotecas se convertirían en un imán en su vida.) Tendría que meterlo en la mochila y sacarlo de manera clandestina de la casa.

Tendría que robarlo.

Cuando este convencimiento arraigó en él, Charles tuvo un ataque de pánico. El terror y la excitación lo recorrieron como las notas vibrantes de un acorde.

Quiso huir, tirar el libro y, por primera vez en todo el día, buscar la compañía de otro ser humano. Incluso sus inaguantables primos le habrían servido. Pero no parecía capaz de mover los dedos yertos. Como dotado de vida propia, el libro se abrió en sus manos y Charles se encontró pasando la página del frontispicio y la del título para entrar en el texto propiamente dicho: «Capítulo uno».

La letra inicial de la frase inaugural estaba dentro de un recuadro, era de un tamaño excepcionalmente grande y estaba artísticamente decorada por una maraña de hojas y ramas. En un primer momento, sus ojos inexpertos no supieron descifrarla, pero luego toda la frase se reveló abruptamente.

«Érase una vez», ponía.

2

De no ser por el libro Charles podría haber olvidado todo aquel episodio. Si hubiera dependido de las veces que Kit se refirió a él el resto de su vida, aquel día podría haber sido una elaborada fantasía inspirada por su vida nómada en una sucesión de

apartamentos baratos en edificios sin ascensor, sustentada por una serie de trabajos precarios («Han vuelto a despedirme», le decía siempre cuando la echaban de alguno de esos trabajos) y novios bienintencionados pero irresponsables, la mayoría de los cuales desprendían un empalagoso olor a sudor que Charles muchos años después descubriría que era el de la marihuana.

Pero el volumen encuadernado en piel tenía el don de reaparecer en el lugar más insospechado en cada nuevo traslado: en una caja de calcetines desparejados o entre los manoseados libros de bolsillo en la estantería de Kit. Hasta que una tarde en la que se quedó en casa enfermo, en Baltimore, adonde acababan de mudarse, cuando Charles tenía nueve o diez años, por fin lo leyó de verdad.

En los días siguientes soñó con la historia: una alucinante amalgama de árboles enormes a lo largo de un sendero que atravesaba un bosque, una niña aterrada, un rey con cuernos y su pálido caballo expulsando el hálito por los ollares, visible en el aire de la medianoche. Pasado el tiempo, Charles no sabía con certeza si atribuir el eidetismo de esas imágenes al libro en sí o al estado febril en el que lo leyó. Tenía la intención de releer el libro, pero las obligaciones que conllevaba ser el niño nuevo en el colegio (siempre era el niño nuevo en el colegio, y el ratón de biblioteca, y el rarito) se lo impedían.

Cuando finalmente encontró el momento de regresar a él, dos o tres mudanzas después, el libro se había evaporado, había desaparecido en alguno de los últimos lugares en los que había vivido. Y esta vez se olvidó de él definitivamente.

Y es probable que hubiera seguido siendo así si Charles no se hubiera apuntado a un ridículo seminario de literatura victoriana quince años después. Para entonces ya llevaba algunos años viviendo por su cuenta (a veces tenía la sensación de que siempre había sido así, como si él hubiera pasado más tiempo haciendo de figura paterna de Kit que al revés), un chico estudioso que había hecho las cosas lo bastante bien como estudiante de lengua y literatura inglesas para conseguir un puesto de profesor agregado en una universidad dispensadora

de diplomas de doctorado. Dividía su tiempo entre un apartamiento descuidado en el gueto de los estudiantes, las aulas estrechas, donde hablaba largo y tendido sobre los aspectos positivos de la exposición de la tesis a estudiantes aburridos que solo eran cuatro o cinco años menores que él, y las clases a las que asistía como estudiante, donde se respiraba un ambiente de postureo intelectual e inquietud profesional. Se había apuntado al absurdo seminario por necesidad, cuando la asignatura en la que quería matricularse de verdad, un curso sobre teoría de la literatura impartido por un *enfant terrible* de una universidad de la Ivy League venido a menos que llegaba en avión una vez a la semana para dar la clase y luego desaparecía, se llenó antes de que consiguiera apuntarse.

Así que ocurrió que Charles, con veinticinco años, todavía flacucho, con gafas y un poco asustadizo, se encontró en la biblioteca de la universidad una fría noche de febrero leyendo sobre Edward Lear. Había empezado a cabecear, muerto de sueño, cuando sus ojos se fijaron casualmente en una nota a pie de página en la que se hacía referencia a un oscuro escritor victoriano llamado Caedmon Hollow. El autor, ya casi olvidado (leyó Charles) solo había escrito un libro: *En el bosque oscuro*.

El título sacó a Charles de su somnolencia. Era tarde, así que la biblioteca estaba en silencio y hacía frío. A pesar de que afuera nevaba copiosamente y los copos golpeaban las ventanas, un calor sofocante le recorrió el cuerpo. Sintió que viajaba en el tiempo mientras releía la nota; volvía a ser un niño, solo en la inabarcable biblioteca de su abuelo, con los aterradores gritos del triunvirato de primos que llegaban lejanos a través de las ventanas en arco. Le asaltaron detalles olvidados durante mucho tiempo de aquella única lectura febril: una luna llena visible a través de la niebla que cubría el bosque oscuro; el lago de las Ánimas, negro en su claro de medianoche; una niña que volaba entre los susurrantes árboles; el Rey Cornudo sobre su pálido caballo.

—Mierda —musitó dejando a un lado el libro.

Se levantó, enfiló hasta los ordenadores y tecleó el título del libro en la casilla de búsqueda del catálogo. Unos minutos después, con los datos del libro en la mano, entró en un ascensor para subir a una planta superior. Mientras paseaba por el laberinto de estanterías llenas de volúmenes, arrastrando un dedo por los lomos de los libros, pum, pum, pum, estuvo a punto de pasarlo por alto.

Suponía que había esperado encontrar el mismo volumen bellamente encuadernado en piel que había sustraído del estante de su abuelo. El ejemplar de la biblioteca era infinitamente más práctico, un libro delgado y robusto encuadernado en cartón, con las cubiertas azules, o reencuadernado, supuso cuando lo abrió y encontró el mismo frontispicio barroco. Se dio cuenta de que era un grabado en madera, con las líneas marcadas y firmes.

Unos rostros astutos lo miraban desde detrás de los troncos de árboles centenarios y cubiertos de líquen, cuyas enormes raíces se hundían en un suelo fértil y húmedo. Mientras las observaba, las caras parecieron moverse y esconderse brevemente entre el follaje, para volver a aparecer después y mirarlo desde un frondoso enramado cercano. Creyó oír los susurros de sus conversaciones a su alrededor.

Echó a andar de regreso al ascensor mientras hojeaba el primer capítulo, con su invocación inaugural, «Érase una vez», resonando en su cabeza. Cuando dobló una esquina y chocó con otra persona que caminaba en sentido contrario, Charles tuvo la impresión, fugaz y desagradable, de que lo envolvía una nube de feminidad con un leve aroma a lavanda. Se tambaleó y estiró los brazos para recuperar el equilibrio.

—¡Mira por dónde vas! —le gritó la chica.

Charles cayó de espaldas al suelo; sus gafas volaron en una dirección y el libro en otra. Aún estaba buscando a tientas lo primero cuando la nube perfumada volvió a envolverlo.

—Tranquilo —dijo la chica—. ¿Estás bien?

Charles la miró bizqueando.

—Esto... Sí. Yo... —Plegó los dedos alrededor de las gafas, y se las puso con torpeza. Entonces vio con nitidez a la

chica, una veinteañera morena y menuda, con una cara de huesos marcados y grandes ojos de color castaño en los que había un brillo de jovialidad; no era exactamente guapa, más bien... atractiva, como la habría definido Kit. En cualquier caso, estaba fuera de su alcance, de eso no tenía duda—. Supongo que iba distraído.

—Supongo. —La chica le cogió de la mano y tiró de él para levantarlo, lo que volvió a sobresaltar a Charles—. Tranquilo.

Charles se agarró al estante más cercano. Aún estaba colocándose bien las gafas (sospechaba que la montura se había torcido) cuando la chica regresó con su libro.

—Por cierto, ¿en qué estabas tan concentrado?

—En nada —balbuceó Charles—. Era... Yo...

La chica le hizo un gesto con la mano para que se callara y hojeó el libro sin pedirle permiso. Se echó a reír incontroladamente.

—¡Qué pequeño es el mundo!

—¿Cómo? —preguntó Charles, todavía luchando con sus gafas—. ¿Lo has leído?

—Una vez, hace mucho tiempo.

—Poca gente lo ha hecho.

—Nadie lo ha leído como yo —repuso ella.

—¿Qué quieres decir?

—No me creerías si te lo contara —dijo la chica lanzándole el libro—. Toma, y cálmate. —Negó con la cabeza y le puso bien las gafas. Después de todo, quizá no se habían torcido—. ¿Mejor?

—Sí, supongo. Gracias.

—No hay de qué —dijo ella, que volvió a tender las manos hacia él. Charles se obligó a no retroceder. La chica le sacudió un polvo imaginario del hombro—. ¿Todo en orden?

—Sí, esto... Sí.

—Perfecto.

La chica le sonrió y se escabulló detrás de unas estanterías.

—Espera —dijo Charles—. Quería...

Pero ya se había ido y en su lugar había dejado delante de él un vacío con forma de chica perfecta.

—Mierda —masculló Charles. Se dio la vuelta para buscarla con la mirada, pero la biblioteca estaba fría y vacía; era un bosque de estanterías de más de dos metros y medio de altura hasta donde alcanzaba la vista.

Entonces, en uno de los pocos actos valientes que había hecho hasta ese momento en su vida, la buscó. Se introdujo en uno de los pasillos que había entre las estanterías y echó a correr.

—¡Oye! —gritó—. ¡Espera!

Cuando llegó a la siguiente intersección estuvo a punto de volver a chocar con ella. Estaba esperándolo allí, apoyada en una estantería con los brazos cruzados y una sonrisa pícaro en los labios.

—Te mueres de ganas de sufrir una conmoción cerebral hoy, ¿verdad? —dijo—. Por el ruido que hacías parecías una manada de ñus. Pensaba que ibas a romperte la crisma.

—Quería preguntarte una cosa —dijo él—. ¿Qué has querido decir con eso de que el mundo es pequeño?

—La respuesta es complicada.

—¿Puedo invitarte a un café? —En cuanto la pregunta salió de sus labios comenzaron sus dificultades para respirar. No era de la clase de hombres que invitaban a un café a una desconocida. De hecho, no era de la clase de hombres que pedían una cita a una mujer, y no por falta de interés, sino de confianza. Asumía de antemano que iban a rechazarlo, así que les ahorrraba el mal trago. De manera que cuando ella dijo «Claro. Me vendrá bien un café», Charles exhaló un sonoro suspiro de alivio.

3

Se llamaba Erin, y su secreto fue, cuanto menos, inesperado.

Una coincidencia, lo llamó Charles. Fue una coincidencia que cogiera aquel libro de la biblioteca de su abuelo (ella lo

consideró una casualidad). Fue una coincidencia que decidiera doctorarse en literatura inglesa. Fue una coincidencia que aquella noche intempestiva en la biblioteca, con la nieve cayendo del negro cielo de febrero, topara (literalmente) con una tataraloquefuera del mismísimo Caedmon Hollow, quien seguramente había influido, de las maneras más sutiles, en los caminos que había recorrido Charles hasta llegar a aquel lugar.

El destino, pensó. La serpiente del uróboros que se muerde de su propia cola. Había cerrado el círculo. Y Charles atisbó fugazmente un mundo vasto y secreto, líneas de poder que se entrecruzaban más allá de los límites de la percepción humana, una historia fabulosa en la que todos ellos se dirigían hacia un desenlace inimaginable.

Erin le dijo en confianza que para ella no era un secreto. La rama de la familia que había emigrado a Estados Unidos hacía muchas generaciones había perdido el contacto con la familia que se había quedado en Inglaterra; es probable que la causa fuera un conflicto de alguna índole, una ruptura formal. Ella no lo sabía, ni le importaba. Pero Caedmon Hollow se había quedado en Europa, convertido en una especie de leyenda: una figura excéntrica de un pasado remoto que había consagrado su breve vida a la bebida y el libertinaje, y así dilapidar el talento que le había permitido crear una única obra de ficción.

—En la familia todos lo leemos en algún momento de nuestra vida. Es como un ritual —le explicó Erin—. No es lo que puede decirse un cuento infantil, ¿verdad? Creo que ni siquiera es un cuento. Más bien me parecen los desvaríos de un hombre con el cerebro consumido por el alcohol.

—Es posible —dijo Charles mientras recordaba las pesadillas, extrañamente reales, que le había producido su lectura—. Pero tiene fuerza, ¿no crees?

—Supongo. De todos modos, nunca lo he olvidado.

—¿Crees que hay más textos suyos inéditos?

—Me parece oír que tu corazón de estudiante se ha acelerado —dijo ella—. ¿Estás buscando un tema para una tesis?

Cuando Erin se dio cuenta de que se ruborizaba (Charles notó el calor en las mejillas), le acarició la mano y él se puso más rojo aún.

—Solo estaba bromeando —añadió ella—. Puedes quedarte con mi tataraloquesea. No me interesa.

Y así comenzó todo. Así fue su introducción al alimento del que se nutre el amor: las historias.

Aquella noche compartieron las historias de sus vidas; el comienzo, en cualquier caso, tal como lo entendían ellos. Empezaron con lo superficial, como lo hacen las mejores historias. Y hablaron sobre sus grados universitarios (sus estudios «graduales», observó él haciendo un chiste bastante rebuscado). Charlaron sobre sus miserables apartamentos y coches. Él le habló sobre la presión de publicar. Ella, sobre la revista jurídica.

Y entonces, como ocurre en las mejores historias, esta se hizo más profunda.

Hablaron. Ella era huérfana, estaba sola en el mundo. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico hacía tres años. En cierto modo, Charles también era huérfano. Kit a duras penas había sido una madre para él, y durante su primer año en la universidad ella se mudó a una comuna en Nueva Escocia. Charles no había vuelto a verla desde entonces.

Sueños y ambiciones, dos tazas de café, luego tres. Ambos estaban demasiado activados por la cafeína para dormir, así que se dirigieron al apartamento de Erin para seguir hablando. Ella le examinó la cabeza para asegurarse de que no se había hecho una herida al chocar en la biblioteca y sus labios se rozaron; una cosa llevó a otra, como sucede en esas situaciones.

Todas las cosas importantes que le habían ocurrido en la vida habían tenido lugar en una biblioteca, pensó Charles mientras la tumbaba a su lado en la cama. Luego dejó de pensar. Seis meses después se casaron.

Y a partir de entonces vivieron felices y comieron perdices.

I

LA CASA HOLLOW

A medianoche, por una miriada de senderos extraños a través de árboles que se separaban para encaminar sus pasos, Laura se dirigió al lago de las Ánimas, donde se había despedido de la sílfide, para mirar en él. Era una época en la que podían verse cosas en el agua, o eso había aprendido Laura del cuento de la Sílfide, y se arrodilló, seducida por esos misterios. Pero por mucho que ladeara la cabeza o entrecerrara los ojos únicamente veía montones de hojas pudriéndose en el fondo.

Entonces las aguas comenzaron a borbotear y el genio de la charca sacó la cabeza a la superficie. Tenía unos estrechos y fríos ojos azules.

—¿Qué te trae a este lugar? —le preguntó con una voz en la que reverberaba el estruendo de aguas lejanas.

Laura reunió todo su valor y respondió con la voz temblorosa:

—Una vez, en un cuento, me dijeron que podría ver mi destino en la charca si creía con todas mis fuerzas que eso era posible. Y lo creo con todas mis fuerzas.

—Hay cosas que es mejor no verlas —replicó con voz retumbante el genio—. Además, el lago de las Ánimas podría mentir.

Caedmon Hollow, *En el bosque oscuro*